

—Veamos si podemos andar... eso es... ¡Apáyanse con...! Muy bien. Yo vivo a dos países aquí... ¡Mi madre no debe entrar en casa...! ¿Que venís?...
—Pulito obedecía como un niño: apoyado en el hombro de Paulina, dio algunos pasos sin gran dolor, resumiendo por el frío de la noche y, más que todo, por su fuerza de voluntad, poco trisbitadora poco por, desde el punto, donde le había encontrado, ¡pero, hasta la casa que habitaba esta en la esquina de la calle de San Antonio.
—No hay fear en nuestro cuarto, ¡mi Paulina camina de se saltaban a poca distancia, mi madre está en el teatro.
—¿Elegante la guerra, torcéo el pestillo que se abrió... ¡Pulito! ¡Pulito! ¡Pulito! ¡Pulito! ¡Pulito!

[illegible]

This image shows a blank, aged, cream-colored page, likely an endpaper or flyleaf of a book. The paper has a slightly textured appearance with some minor discoloration and small dark spots, possibly due to age or handling. The left edge of the page shows the binding of the book, and the overall tone is a warm, off-white or light beige.

La italiana y sencilla muchacha que se entregaba á él sin reserva.
Pero Polito no se dejó llevar de las sugestiones de su amor propio, y á pesar de la gran afección que le inspiraba la joven lavandera, supo contener su sangre fría.
Además ya sabemos que había sido secretario de un Comisario de policía, y este oficio no se ejerce por lo común impunemente: siempre deja un rastro en el carácter del individuo. Así Polito, en vez de dar suelta á su pasión naciente, se puso á discurrir sobre los deberes que le habían creado los acontecimientos de aquel día.
—Chapparat tenía dinero, se decía: el miserable cree haberme muerto, y el siguiente pasará la noche corriendo las tabernas y casas de prostitución como todos los asesinos: si vuelvo á su casa, no será antes del día. Tengo tiempo bastante para sacar al niño de la cueva.
Y así en sus ideas, tomando la mano de Paulina y estrechándola tiernamente:
—Estoy convencido, señorita, de que eres tan buena como linda, y creo que debéis ser amigas.
—Cuando es preciso, respondió la joven ruborizándose.
—Bueno: en ese caso, vais á acompañarme.
—¿A casa del comisario?
—¡Oh! no, repuso el joven.
—¿A donde vais?
—A casa de Chapparat.
Paulina hizo un gesto de miedo.
—Tranquilízate, dijo Polito, no corremos riesgo de encontrarnos con él.
—Pero, ¿qué pretendéis hacer en su casa? preguntó la joven mirándolo con estupor.
—Libertar á un pobre niño, condenado tal vez á morir de hambre.
Paulina se estremeció y fijó más su atención en Polito, pareciendo preguntarse si la herida que recibiera y la sangre que había perdido, no habían acaso turbado su razón.
L.
Polito advirtió las reflexiones de la joven lavandera, y mirándola á su vez, se sonrió tristemente.
—Mi buena y querida amiga, la dijo, mi razón se halla perfectamente sana, y soy á prueba de todo.
—¡Ah! exclamó la joven, manifestando sin embargo una vaga inquietud.
Entonces Polito le contó todo lo que había sucedido aquel día, y como había salvado á la irlandesa de una muerte cierta.
—Y en seguida añadió:
—Si dudáis aun, venid á mi casa y la veréis en mi escritorio y en mi propio lecho: mi madre está á su lado.

—No es necesario, Sr. Polito, creo cuanto me acabáis de decir, respondió Paulina.
Y añadió haciendo un expresivo gesto de despecho:
—Entonces ¿era para observar á Chapparat por lo que tenéis al pasado?
—Y también por vos, dijo Polito con galantería.
—¡Sí, ya bajé!
—¿La pura verdad? y como prueba... si queréis ser mi mujer, ya veréis cuanto os amaré y como, siendo un holgazán y un vago cual soy, me convertiré en un buen trabajador.
—La veremos, dijo Paulina ruborizándose un poco.
—Pero, por el momento, prosiguió Polito, pensemos en ese pobre niño que está encerrado en una cueva.
—¿Vais á sacarlo de allí? dijo Paulina con acento de terror.
—Sin duda.
—¿Pero cómo?
—Penetrando primero en la carbonería y luego en el patio.
Paulina cruzó las manos con angustia.
—¿Estáis loco? exclamó.
—¿Loco? ¿por qué?
—¿Queréis que Chapparat os asesine realmente?
—¡Oh! ahora no le temo.
—¿Ahí?
—No haya miedo que vuelva esta noche á su casa.
—¿Qué sabéis?
—¡Oh! amiga mía, porque el miserable cree haberme matado.
—¿Y bien?
—Y todos los que acaban de cometer un crimen, sobre todo los que son de una naturaleza brutal como Chapparat, no entran en seguida en su domicilio, ni duermen en su cama.
—¿A donde queréis que vaya?
—Estad seguro de eso!
Y la pobre joven temblaba á la sola idea de introducirse en la casa donde tenía su tumba el terrible carbonero.
Pero Polito, comprendiendo sus escrúpulos añadió:
—Por lo demás, puesto que tenéis miedo, tranquilízate, no tengo necesidad de que tengáis conmigo solamente me diréis una cosa.
—¿Cuál?
—¿Crees que se hayan retirado ya todos los inquilinos de la casa?
—¡Oh! ya están todos acostados. Son pobres jornaleros que se levantan al amanecer, y se acuestan de consiguiente muy temprano.
—¿Y no hay portero en la casa?
—No.
—Entonces cada inquilino tendrá su llave.

—No, porque hay un pestillo en la puerta como aquí.
—Y me lo figuraba, dijo Polito, pero quería estar seguro de ello.
—Pero, dijo Paulina, aun cuando entréis en la casa, ¿cómo haréis para penetrar en la tienda?
—Es muy sencillo, respondió el joven. Yo observaba al carbonero cuando salió esta tarde, y le vi meter la llave de la puerta que da al callejón, debajo de una tarima que hay en el umbral.
—¿La verdad, dijo Paulina, yo le he visto hacer con frecuencia la misma cosa.
—Pues bien, replicó Polito levantándose, á Dios, amiga mía; os doy mil gracias por vuestros buenos cuidados: permitidme venir mañana á expresaros toda mi gratitud.
Y Polito, debili aún, todavía vacilante, intentó dar un paso hacia la puerta.
Pero Paulina le detuvo echándole los brazos al cuello.
—¿Estáis loco? le dijo ¿podeis pensar que os dejaré partir solo?
—¿Cómo? ¿queréis venir conmigo?
—Ciertamente que sí.
—Sin embargo, tenéis gran miedo de Chapparat.
—Por vos, pero no por mí. Y luego, si os sucede una desgracia, yo podré acaso evitarla ó participar de ella. Comedme vuestro, y sea lo que Dios quiera.
—¡Ah! sois una digna y adorable mujer! exclamó Polito entusiasmado.
Y abrazando con efusión á Paulina, salió apurado en ella, haciendo un gran esfuerzo para marchar sin molestarla.
La sangre que perdió el joven durante su desmayo, había debilitado considerablemente sus fuerzas.
Ala andando poco á poco y vacilando como un hombre débil, pero Paulina lo sostenía, y así atravesaron la explanada.
A la entrada del pasaje, Polito se detuvo y dirigió una mirada en rededor. Da calle de los Alandiers estaba desierta y el barrio silencioso.
Sin embargo el joven tuvo á su vez un escrúpulo y un momento de duda.
—Mi querida Paulina, dijo, lo que me queda que hacer es en verdad tan sencillo, que no creo en ningún modo, tener necesidad de vos. Deberíais esperarme aquí.
—¡Ah! no, de ningún modo, respondió la joven. Quiero acompañaros.
—¿Tenéis empeño en ello?
—¡Tomad! dijo Paulina, claudicando, puesto que debéis ser vuestra mujer.
—¡Sois adorable! dijo Polito abrazándola de nuevo. ¡Vámonos!
Y se dirigieron hacia la casa del carbonero.

Como acababa de decir Polito, la empresa era por demás sencilla.
Bastó á tientas un clavo de cabeza redonda disimulado en la puerta y que hacía mover el pestillo, y la puerta se abrió.
El corazón de Paulina latía con alguna violencia, como haría para penetrar en la tienda.
Polito encontró bajo la tarima la llave de la puerta del callejón, y penetraron fácilmente en la tienda.
Un pillo de París lleva siempre fósforos en el bolsillo.
Polito los llevaba por consiguiente, y no tardó en encender uno frotándolo con la uña.
El fósforo proyectó una claridad rápida y fugitiva en rededor de ellos, que les permitió descubrir una vela sobre un saco de carbon.
Polito la cogió y, aproximándola al fósforo, se produjo luz.
En este momento fué de duda, cuando Chapparat, enteramente borracho, llegó á su casa, y viendo que la luz en la tienda, se imaginó que la justicia había allí una visita domiciliar, y lleno de pavor, tomó precipitadamente la fuga.
Y si los inquilinos nos ven atravesar el patio? dijo Paulina temblando.
—No me preocupéis que están acostados?
—¡Oh! lo creo.
—Yo preferiría ir sin luz, añadió Polito, pero no es posible, pues no conozco bien todos los pasos y podréis caer en la cisterna.
La puerta que ponía en comunicación la tienda con el patio estaba asegurada con un simple cerrojo; de consiguiente fue muy fácil abrirla.
En cuanto á la cueva, como el patio era del uso exclusivo del carbonero, permanecía siempre abierta.
Polito enseñó á Paulina, que le seguía con una emoción indescriptible, la tumba á la que cubría la cisterna; luego cogió la llave que había visto á Chapparat meter bajo la viga, y descendieron á la segunda cueva.
El niño Ralph seguía llorando, y en el momento en que se abrió la puerta de su prisión, lanzó un grito agudo é hizo violentos esfuerzos para desembarazarse de las ligaduras que le sujetaban.
Pero Paulina le estrechó en sus brazos y le dijo con dulzura:
—Pobre niño!... no temas nada.
Al sonido de esta voz franca y simpática, el niño cesó de quejarse y mientras que Polito le desembarazaba de sus ligaduras, contemplaba á Paulina, pareciendo comprender que el cielo le enviaba su libertadora.
Un cuarto de hora después, Ralph se hallaba en brazos de Jenny la irlandesa.

Pero en el mismo momento Polito, agotado ya sus fuerzas, se dejó caer en una silla, cerraba los ojos y se desmayaba entre su madre y Paulina, que acudieron desahogado á socorrerlo....
II.
Chapparat había huido pues como hemos visto, preso de un terror pánico indescribible, al ver la luz que salía de su tienda y que revelaba la presencia de personas extrañas en la casa.
Desde las diez de la noche hasta las cuatro ó cinco de la mañana qué había sido de él? Nadie hubiera podido decirlo.
Solamente, si la casualidad nos hubiera llevado á su encuentro, podríamos haberlo visto al rayar el día, marchando con paso desigual por la calle de Lyon, con la cabeza baja, el rostro descompuesto y la mirada extraviada.
Chapparat, bien convencido de que la justicia seguía sus huellas, encontraba el aire de París mal sano. Había un tren de la mañana, en la línea general de París á Marsella, que salía para Lyon á las cinco y cuarenta y cinco minutos.
Chapparat, que había pasado toda la noche calculando en los medios de escapar á la policía, acabó por tomar un partido decisivo.
—Tomaré el ferrocarril de Lyon, se había dicho.
—Y lo seguiré hasta Montecarlo; allí descenderé, y escaparé por la línea de Mulhouse, y podré llegar mañana á la noche á Suiza. La justicia puede estar segura de que no abandonaré fácilmente mi libertad.
Y hablando así, el carbonero tomaba un paso más decidido y parecía desafiar con la vista á los raros transeúntes que encontrara al paso á aquella hora matutina.
Ahora bien, ya sabemos que Chapparat llevaba algún dinero sobre sí; los cincuenta lúises que sir James le había dado á cuenta, sobre la cantidad total que le prometiera por su crimen.
Un Avenarión que tiene mil francos en el bolsillo, puede con gran facilidad dar la vuelta al mundo.
Chapparat iba pues á tomar un billete de tercera clase para Mâcon, con el objeto de extraviar las pesquisas de la policía y de hacerla perder sus huellas.
Calculando así llegó á la estación, donde se hallaban á aquella hora muy pocos viajeros, y se dirigió con paso firme hacia el despacho de billetes.
Pero al hallarse á cierta distancia, se detuvo bruscamente y se quedó como petrificado.
Acababa de ver dos gendarmes puestos de facción á ambos lados de la regilla del despacho, y que parecían examinar atentamente á cada persona que se acercaba á tomar billete.

Chapparat no tuvo la menor duda sobre lo que aquello significaba.
Los gendarmes estaban allí, para prenderlo, no podía ser otra cosa: así, en vez de acercarse al despacho, se fué retirando prudentemente, y tomó á escape cuando se vio en la puerta de la estación.
Después de huir por el mismo camino que había huido, no sin hacer una mirada de terror hacia la siniestra cárcel de Mâcon, inmediata á la calle de Lyon; como los criminales están sujetos á una especie de fiebre permanente que les ocasiona una sed inextinguible, entró en la primera taberna que encontró abierta á su paso.
Allí se hallaban ya diez ó doce hombres trabajadores del ferrocarril en su mayor parte, que rodeaban el mostrador de la taberna y hablaban con animación.
—¿Qué hay que servir? le preguntó el mozo de la taberna.
—Un sobre, respondió el carbonero con tono feroz.
Un sobre, en la jerga del populacho parisiense, significa un vaso de sjenj.
Y mientras lo servían, escuchó atentamente lo que hablaban aquellos hombres, y las primeras palabras, se estremeció y, sin levantar la cabeza, aplicó el oído: con todo eso, decía á la sazón el carbonero, todavía no le han echado la gaza?
—¡Ah! antes de que llegara la noche estubo en Châteaufort.
—No se sepa.
—¡Oh! dijo sorprendido uno de los empleados del ferrocarril, ahora no es como en tiempos de marras. Hoy no se oculta uno en París así como quierá: la policía tiene la nariz en todas partes, y si mismo encuentra los ladrones y los asesinos, que ya bien podéis decir que los perdices en un sembrado.
—¿Y el joven ha muerto?
—¡Ah! qué queréis? dijo un difuso: parece que había levantado el dedo más de una vez, y un borracho es capaz de todo.
Bebía pues á largos y poco á poco su vaso de sjenj, y en tanto los trabajadores continuaban hablando de un asesino comido la noche anterior, y que parecía haber echado gran ruido en el barrio.
Para Chapparat y no podía ser más claro: el joven da quien hablaba era Polito, y el asesino que había sido el de consiguiente.
Uno de los trabajadores del ferrocarril añadió:

—De todos modos, si no escapa, ¿no se escapará por nuestro camino? ya tenemos los gendarmes en esta estación.
—Pero ¿podrán reconocerlo?
—Lo que es yo, lo reconocería al la viera.
Al escuchar estas últimas palabras, Chapparat miró atentamente al hombre que hablaba así.
—¡Cállate! pues yo estoy seguro de ver á este hombre por la primera vez.
—El tabernero dijo entonces, dirigiéndose al carbonero que había hablado:
—Yo lo conozco bastante, pues ha vivido aquí y después ha venido con frecuencia, para lo he conocido capar de semejante atentado.
Chapparat se volvió á mirar al tabernero, del mismo modo que había ya mirado al trabajador.
—Yo no he puesto jamás los pies aquí, se dijo, es pues de mí de quien se trata.
Y como había acabado de beber, se levantó y se dirigió al mostrador, dijo al tabernero despus de pagarle:
—Parce que hay algo de nuevo por el barrio de Mâcon.
Hoy, respondió uno de los trabajadores, que se llamaban que trabajaba á dos partes de aquí, el pasaje de Oriente, ha asesinado á su compañero de cuarto esta noche, y ha huido llevándose una cantidad de francos que el pobre joven había ahorrado á lo largo de su vida.
—Chapparat respiró como si lo hubieran quitado enorme peso de encima.
El jornalero continuó:
—Se cree que ha huido del barrio, y es probable, pues sin duda habrá pensado largarse al camino de hierro.
No era pues por Chapparat por quien los gendarmes se hallaban en el despacho de billetes del ferrocarril de Lyon.
El carbonero recibió algún tanto el ánimo y, pensando de la taberna, se dirigió de nuevo hacia la estación.
Pero desde que salió de ella había pasado ya un tiempo, y el niño Ralph seguía llorando y se le había olvidado el nombre de Jenny.
—Uno de los empleados de servicio que lo había llevado corriendo, lo detuvo al paso y le dijo:
—No hay que preocuparse, buen hombre: el próximo no sale hasta las once cuarenta y cinco minutos.
—Pero Chapparat no manifestó gran desconfianza en este contratiempo, y dejó la estación imprimiendo un paso firme.
—Me parece que me he alarmado demasiado por lo: ¿qué sabe si siquiera me bascan?